

LIBROS

Seamos lógicos

¡Ahí es nada, divulgar a Hegel! Victor Gómez Pin ha cometido la imposible tarea de resumir el filósofo más oscuro de la Historia en ciento treinta páginas furiosas (1). Pero Hegel, como alguna música, no es comprensible por medio de la glosa; para entrar en él es preciso sumergirse y bucear, fatigarse, aburrirse mortalmente. A Hegel no se le entiende, a Hegel se le fagocita. Los hegelianos no son filósofos en el sentido tradicional del oficio, son miembros de una secta y practican un arte. Su ambición es infinitamente soberbia, pues pretenden substituir al Dios que nos creó y mantiene las cosas en su sitio, mediante la operación de apropiarse su saber, su arte. Son Adán, Eva y la serpiente al mismo tiempo, pues toman el fruto prohibido y desafían a la divinidad, a conciencia de cuál va a ser el castigo. Y no temen ser expulsados del Paraíso, pues lo asumen como parte necesaria del saber: el mal, la muerte, la nada son la moneda que permite comprar el bien, la vida, el ser. El hegeliano verdadero entra en el Paraíso gracias a ser expulsado del mismo, trabaja la tierra sin renunciar al estado de naturaleza, todo lo entiende, todo lo sabe y todo lo posee. Es el amo del mundo y mueve la rueda de los días con expresión faraónica.

Pero todo ese poderío se funda en un castigo aceptado: que lo que es y lo que hay, lo que acontece y lo que existe, no puede ser ni existir de otra manera. La cruz no pudo explotar matando a los romanos que jugaban a los dados a su pie; era de efecto retardado y mató al cabo de los siglos a quienes ya no eran romanos, sino cristianos. La Revolución Francesa no fue una fiesta de la libertad, sino una verdad de la fiesta: el terror. No hay justicia sin muerte, no hay paz sin derrota, no hay felicidad sin fracaso. Al hegeliano le sostiene la asunción de la muerte, de la negación, de la nada. Sin ella no podría dar un paso, depende de ella: es su cautivo.

Gómez Pin, hegeliano donde los haya, se ha tomado el impropio trabajo de esbozar las li-

neas maestras de la Ciencia de la lógica, como un intento de dar lo más nuclear de Hegel. En lugar de fenomenologizar la lógica, como hizo Wahl, Gómez Pin convierte la Fenomenología del espíritu en un pretexto lógico. Esta preferencia determina el ensayo. Apenas hay en él recreación histórica o social de Hegel y el hegelianismo. A Gómez Pin le interesa sobre todo introducir al lector en las operaciones esenciales de la deducción categorial, los arcanos de su arte. Es, pues, un libro para iniciarse en la lógica hegeliana, y no exactamente en Hegel. Posibilidad perfectamente ortodoxa si uno considera que Hegel progresó con la edad: de joven "generoso" (como lo cali-



Victor Gómez Pin.



Hegel.

fica Gómez Pin) a viejo riguroso. De bailar por el triunfo de la Revolución a escribir los Principios de Filosofía del Derecho. Coherente con su posición, Gómez Pin afirma la maduración de un pensamiento que se vio obligado a recorrer figuras incompletas hasta dar consigo mismo. Ripeness is all.

A pesar de ello, es posible defender que hay otro Hegel, ese que Gómez Pin considera un fantasma juvenil del amo del mundo. En efecto, así debe de ser, pues las locuras de juventud se curan cuando el poder llama a su servicio; pero para el viejo Falstaff, el recién coronado Enrique V no es sino el

fantasma de su amado príncipe Enrique. Es cierto, sin embargo, que Falstaff está en claro proceso de regresión infantil.

En cualquier caso, nos las tenemos con un Hegel que afirma la absoluta necesidad de que todo cuanto fue no podía ser de otro modo, y todo cuanto será lo será por motivos fundados en razón. Panorama de extraordinario interés. Hay, empero, dos fragmentos del libro en los que Gómez Pin se aparta de tan extremada posición. Me refiero al exabrupto de sabrosa cólera triunfante por encima de toda racionalidad, contra los llamados "nuevos filósofos franceses", y al apéndice sobre un discurso del Rey Juan Carlos, cuyo patético intento por hacer coincidir las medidas conceptuales con la pasta viva en que estamos sumergidos muestra a un Gómez Pin que todavía no ha superado las bellas artes.

Como quizá adivine el lector, este pequeño ensayo es un auténtico hervidero de ocultas pendencias. Ante el chato panorama pensante que suele ser nuestro pan cotidiano, ejercicios como el de Gómez Pin suponen un auténtico festín. Y si debiéramos calificarlo del modo más exacto posible, del modo más laudatorio también, diríamos que se trata de un desvarío, ese desvarío por el que Gómez Pin pregunta en la página diecisiete. Quizá en contra de sus propios intereses, quizá a favor de los mismos, Gómez Pin saca las cosas de sus casillas: operación de lo menos hegeliana que queda imaginar. ■ FELIX DE AZUA.

La dinamita del surrealismo

Al hablar de surrealismo, inconscientemente tenemos tendencia historicista: aquella escuela que puede considerarse concluida con la muerte de André Breton. Sin embargo, el surrealismo sería más bien una actitud ante las cosas que data de muy atrás y cuyas proyecciones hacia delante están muy lejos de haberse extinguido. En su forzosa brevedad, "El surrealismo" (1), de J. L. Giménez Frontín, viene a "contar" la historia de esos años decisivos en la cultura occidental y, a la vez, a señalar las conexiones surrealistas con no pocas posturas rechazadoras y revolucionarias que hicieron explosión a partir de los 60.

(1) El surrealismo, Colección Conocer, Dopesa 2. Barcelona.

Sin por fortuna entrar en farragosas disquisiciones terminológicas, Giménez Frontín indica que más adecuado sería hablar de "superrealismo", igual que "surhomme" se traduce por "superhombre": en efecto, el superrealismo o surrealismo nunca quiso situarse "al margen" de la realidad, sino intensificar las vías de penetración en ella, no limitarlas sólo al acceso desde "el exterior". Los surrealistas se aplicaron a tal tarea con lucidez despersonalizada, con insistencia proclive a lo científico, repudiadora de lo romántico. Aunque ello mismo lo practicaran con contradicciones, como lo evidencia su concepción mágica del encuentro, del "amour fou": y, sin embargo, la perseveración en esas magias la llevaron a cabo con circunspección investigadora.

Según el autor, el surrealismo no "sale" exactamente de Dadá. Dadá, esa "antifilosofía de las acrobacias instantáneas" —como se autoproclama—, no pretende trascender su tiempo



André Breton.

histórico, sino utilizar el sarcasmo y la provocación para demostrar la podredumbre de esta cultura y esta sociedad; no en vano es hijo directo de la guerra del 14. La figura de Tzara destaca inquietante a lo largo del libro de Giménez Frontín, si bien lógicamente quien se lleva el gato al agua a base de protagonismo, de contradicción, de búsqueda, de anatematizaciones e iluminaciones, es Breton.

No se trata ni de una apología sobre Breton ni de una "desmitificación" al uso. En las apretadas páginas de la obra, Breton aparece en sus mil facetas: autodidacta, poeta, mago, comisario político. La historia del movimiento surrealista es por derecho propio la de este hombre, y también la de las relaciones de este hombre con la Revolución y específicamente con el PCF. Cada uno de los

(1) Victor Gómez Pin, Conocer Hegel y su obra. Dopesa, 1978.

pasos vitales o literarios —si es que en buen espíritu surrealista resulta lícito esta división— de Breton tiene mucho que ver con su circunstancia histórica, con su intento de barrerla y de dar paso a una nueva, donde ya no existiera el divorcio entre la realidad "exterior" e "interior".

La evolución del surrealismo desde método de conocimiento a escuela-iglesia con dogmas y criterios operativos/fijos es paralela a la intensificación de la lucha de clases y de la agresión de la derecha contra todo lo que huele a revolucionario. Breton colocó al surrealismo "al servicio de la Revolución", es decir, de la política comunista; pero "al servicio" no quiere decir que hubiera "conversión". En todo instante, Breton mantuvo la necesidad de investigar en el campo específicamente surrealista, en ese mundo "interior" que nunca es suficientemente explicado "objetivamente" por el "materialismo dialéctico" urdido por el stalinismo. Sin estar de acuerdo con la persona de Freud, defendió al psicoanálisis hasta sus últimas consecuencias; denunció los "gulag" mucho antes que tanto enteradillo como ahora pulula; mantuvo que "L'Humanité" era un insulto al proletariado; invocó para la clase obrera la necesidad de no sacralizar el trabajo ni el economicismo; supo, en fin, con Rimbaud, que "la verdadera vida está ausente"; entendió que el pensamiento mágico de las tribus indias nada tenía que envidiar a nuestros científicismos; estuvo siempre en contra de la "grandeur", del imperialismo, a favor de rifeños y vietnamitas; se negó a hacer el juego a la derecha en contra del PCF, pero con igual fuerza se negó a que para transformar el mundo hubiera que dejar de interpretarlo; acercóse a Trotsky, rescató a Lautréamont, volvió a Fourier. Con Benjamin, supo que nada hay más revolucionario que el deseo; que sin deseo, nada que hacer.

Giménez Frontón ha incluido, además, una excelente y breve bibliografía de textos surrealistas o sobre los surrealistas. En cuanto a las relaciones del surrealismo francés con el español, luego de matizar los muy franceses errores de apreciación en que incurrieron los grandes nombres parisinos, señala que el nuestro era un surrealismo muy imbricado en una tradición propia, lo que también impidió a nuestros intelectuales fascinarse parafascistamente con el futurismo, y les permitió extraer de ese movimiento fuerza en nada opuesta al sentido general de nuestra cultura. El

libro tiene asimismo una cronología en la que, aparte de los hitos del movimiento surrealista, se puede cotejar la aparición paralela de obras que no se relacionan directamente con estas gentes, pero que sin duda contribuyeron a crear en el siglo un espíritu que, afortunadamente, hoy está lejos de apagarse. ■ MIGUEL BAYON.

Dividir para dominar

Lo explica Marx en varios lugares de su obra: la división del trabajo está en el origen de todas las alienaciones; equivale a un asesinato moral del indivi-

pendencia del sistema socioeconómico de que se trate? De ninguna manera, argumentan los autores de los distintos ensayos que componen esta excelente *Crítica de la división del trabajo* (1). La división del trabajo capitalista no se limita a una simple técnica de producción que busca, por encima de todo, la eficacia, sino que es básicamente un medio de dominación y de control de los productores individuales.

"Divide y dominarás" podría ser, según Stephen Marglin, el lema de quienes la idearon. La historia de la tecnología equivale de hecho a la historia de la "descalificación" de los agentes de la producción. El objetivo último del sistema consiste en

muchas veces a criterios extratécnicos, sino simple y llanamente políticos, y se adoptan en la cúspide sin que a ellos se les dé explicación alguna.

El capitalista no sólo parcela las tareas, sino que impide a los trabajadores toda comprensión de "los lazos y la dialéctica del conjunto y, por lo tanto, de la política de la empresa". Y esto es igualmente aplicable al obrero manual que al cuadro medio. De ahí esa contradicción en la que se ve cada vez más inmerso el técnico: por un lado, idea y pone a punto nuevos medios que le sirven al capitalista para una explotación más eficaz de los obreros; por otro lado, se encuentra a su vez casi tan alienado como éstos respecto de los objetivos últimos de la empresa.

Esta situación incómoda de los técnicos, que son al mismo tiempo instrumentos del capital frente a los obreros, y proletariado, respecto del capital, no puede sino engendrar malestar y frustración crecientes. Algunos cuadros medios se rebelarán contra esta proletarianización tratando de afirmar su papel y sus privilegios. Otros, sin embargo, los más lúcidos, seguirán el camino opuesto: contestarán el proceso vertical de toma de decisiones, se negarán a realizar cualquier tarea sin que se hayan discutido previamente sus fines y sus posibles consecuencias; combatirán una organización científica del trabajo, que no es de hecho sino la "destrucción científica" de cualquier posibilidad de control obrero, y una división jerárquica que hunde sus raíces en el propio sistema educativo.

En una palabra, se convertirán de agentes al servicio del capital y opresores, muchas veces *malgré eux*, de la clase obrera en factores de su liberación: liberación que será también la suya propia. ■ JOAQUÍN RABAGO.

La JOC en España (1946-1970)

José Castaño Colomer (1), un hombre que ha vivido aquello de lo cual escribe, contribuye con este libro a clarificar el desarrollo del Movimiento obrero juvenil católico en la época del franquismo.

Divide su trabajo en tres etapas: los diez primeros años, que van de 1946 a 1956, es el mo-

(1) *Crítica de la división del trabajo*. Textos de: Marx, Stephen Marglin, Gorz, Dominique Pignon, Jean Quercia, Mario Maccio, "El Manifiesto", Antonio Lettieri, recogidos y presentados por André Gorz. Traductor: Pere Darnell. Ed. Luja (Ediciones de Bolsillo). Barcelona, 1977.



duo. De ahí que la lucha por el socialismo no pueda quedarse en la simple abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino que exige también superar esa parcelación del trabajo como fuente que es de alienación y de privilegio profesionales.

¿Se ha conseguido esto en los países "socialistas"? Evidentemente, no. Al haber puesto el acento el Estado en las tareas de acumulación, sin duda necesarias porque la mayoría de esos países no habían realizado todavía esa fase capitalista, y en el aumento a cualquier precio de la productividad, y haber dejado en cambio prácticamente intacta la organización de la producción, es lógico que persista en ellos la estructura jerárquica en las relaciones de trabajo y la ausencia de capacidad de decisión por parte del obrero sobre los medios y los fines del proceso del que es agente directo.

Ahora bien, ¿acaso la parcelación del trabajo, la especialización de las tareas son exigencias ineludibles del propio desarrollo tecnológico con inde-

arrebatar capacidad de decisión a estos últimos para entregársela exclusivamente a la capa privilegiada que ocupa la cúspide de la pirámide jerárquica. Pero los desposeídos ya no son solamente los obreros, que están en la base de esa pirámide, sino de un modo creciente también quienes ocupan los escalones intermedios: los cuadros técnicos.

El papel de éstos resulta cada vez más ambiguo y contradictorio. Por un lado, son ellos los encargados directamente del proceso de elaboración de informaciones, que servirán al capitalista para decidir sobre los fines y los medios con que alcanzarlos. De ahí que hayan de gozar necesariamente de total confianza por parte del empresario. Al mismo tiempo, sin embargo, se dan cuenta de que las grandes decisiones no obedecen